

través de las cuales se realiza la providencia de Dios» (p. 485). En la ley del tiempo la Iglesia camina hacia la trascendencia, pero las monarquías desaparecen y los pueblos pueden experimentar el éxito o sufrir el fracaso y esta primera ley valía también para España. Por otro lado, Quevedo estaba seguro de que Dios conocía la medida, la cuenta y el peso de los pueblos y espera el momento oportuno para aplicarles el castigo o el premio correspondiente. De esa forma, los pueblos se convertían en azote y verdugos unos de otros, siendo el turco el látigo con el que fustigaba Dios a la cristiandad. El problema que observa don Francisco es que sus contemporáneos han perdido la virtud y «sabe [...] que los pecados de España sobran para merecer un castigo providencial». El escritor esperaba que esas guerras no fueran la ocasión del desastre pero «la historia declaró fallida la esperanza de Quevedo» (p. 491).

En suma, estamos ante una obra muy importante para la comprensión del pensamiento (y obra) de Quevedo, pero redactada en 1970. Y así se refleja en la bibliografía y en una pequeña nota en la página 513 en la que se hace referencia a la publicación en el año 1972 del libro del profesor Henry Ettinghausen, *Francisco de Quevedo and the neostoic movement* y la biografía del profesor Pablo Jauralde en 1998. En mi opinión este estudio debería haberse actualizado. Por otro lado, hay a un enojoso problema con las erratas que podría haber sido solucionado con una atenta revisión, porque su lectura merece la pena.

J. Enrique DUARTE
Universidad de Navarra-CRISO

Quevedo, Francisco de, *La cuna y la sepultura. Doctrina moral*, ed. Celsa Carmen García Valdés, Madrid, Cátedra, 2008, 258 pp.

La colección «Letras Hispánicas», de la editorial Cátedra enriquece la presencia de Quevedo entre sus títulos con este nuevo volumen cuidado por una especialista de relieve, como lo es la profesora García Valdés.

Dos títulos de gran significado dentro de la obra del gran escritor del siglo XVII, poco leídos por la generalidad de los profanos, y al contrario merecedores de seria atención, en cuanto, descontado su valor artístico, pueden acompañar también momentos significativos de la vida de cualquier lector; o sea, no solamente textos para especialistas, filólogos y eruditos, sino también para personas llegadas a un momento difícil de su curso vital.

Digo esto porque, a parte mi inclinación personal hacia este aspecto reflexivo de la obra quevedesca, tuve la suerte de comprobar también no solamente el papel desarrollado por los escritos de Quevedo en poetas como Neruda, Octavio Paz y muchos otros, además de en un inolvidado amigo, el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias.

Examinando en París, después de su muerte, los libros de su biblioteca personal, vi evidenciadas, obra de sus últimos tiempos, páginas no solamente de *La constancia y paciencia del Santo Job* y *La providencia de*

Dios, sino de *La cuna y la sepultura*, precisamente allá donde, en la edición realizada por Felicidad Buendía para Aguilar, el autor español trata de la brevedad de la vida humana y de la enfermedad, «que ha venido a ser paga y restitución a la naturaleza», y donde incita a no hacer «pleitear a la tierra lo que la debe», antes a oír con gozo, no con tristeza, lo que avisa de la inevitabilidad de la muerte: «Vuestra merced dé buenas nuevas a su alma y a su cuerpo: al uno se le previene descanso; a la otra libertad». En aquel momento, Asturias estaba gravemente enfermo y en estos pasajes encontraba evidentemente cierto consuelo como preparación a lo peor.

En la edición que comento, fui buscando con renovado interés dichos pasajes y los encontré en el apartado titulado «Doctrina para morir» (pp. 139-140), parte siempre de *La cuna y la sepultura*, pero el texto se me presentó más correcto que en la consulta anterior, o sea en el libro que poseía Asturias.

No había leído todavía la puntual «Introducción» de la Dra. García Valdés a su edición, donde se aclaran con gran competencia filológica los problemas que presentan manuscritos y ediciones antiguas, para llegar a establecer un texto fidedigno, que responda a la voluntad de su autor, el cual intervino en manuscritos para enmendar errores de transcripción, interpretación e imprenta.

Lo que no solamente lleva a una edición fidedigna de las dos obras quevedescas haciendo al escritor justicia sobre las deformaciones de copistas y editores, a través de un examen autorizado y convincente, sino que devuelve a sus dos obras la atracción prístina que debieron tener y que justifica la fortuna editorial que tuvieron, en su tiempo y después, hasta nuestros días, pero en textos plagados de faltas y equivocaciones.

Claros y convincentes son los *stemma* a los que la editora perviene para cada una de las obras y limpia resulta su edición, enriquecida por una serie abundante de notas y un riquísimo «Apéndice» (pp. 209-258) donde la estudiosa reúne una larguísima serie de variantes, cuyo estudio de parte del lector, lejos de resultar pesado, introduce positivamente en la que podríamos llamar la historia interna de ambos textos.

De esta manera se hace viable una lectura moderna de *La cuna y la sepultura* y de la *Doctrina moral*, obras que nos restituyen íntegra la figura de un Quevedo muy lejos de la lección común de autor festivo, el mismo que descubrió Neruda a su llegada a España y en el que encontró ya formulados sus problemas, así como nosotros encontramos formulados los nuestros.

Giuseppe BELLINI
Università degli Studi di Milano, Italia